

Leg 16 paquete 2 37 28
Uno de los principios debora del médico:

modo de llevarle.

DISCURSOS

p. 37

1302

DOCTRINAL Y DE GRACIAS

QUE ANTE EL RESPETABLE CLAUSTRO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA

DE LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

LEYO

D. MANUEL DE LA MATA Y ALVAREZ,

EN EL DIA 14 DE MARZO DE 1863,

en el solemne acto de recibir la investidura

DE

LICENCIADO EN MEDICINA.

VALLADOLID:

Imprenta, Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodriguez.

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD.

1863.

DISCURSOS

DOCTRINAL Y DE GRACIAS

QUE ANTE EL RESPETABLE CLAUSTRO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA

DE LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

LEYO

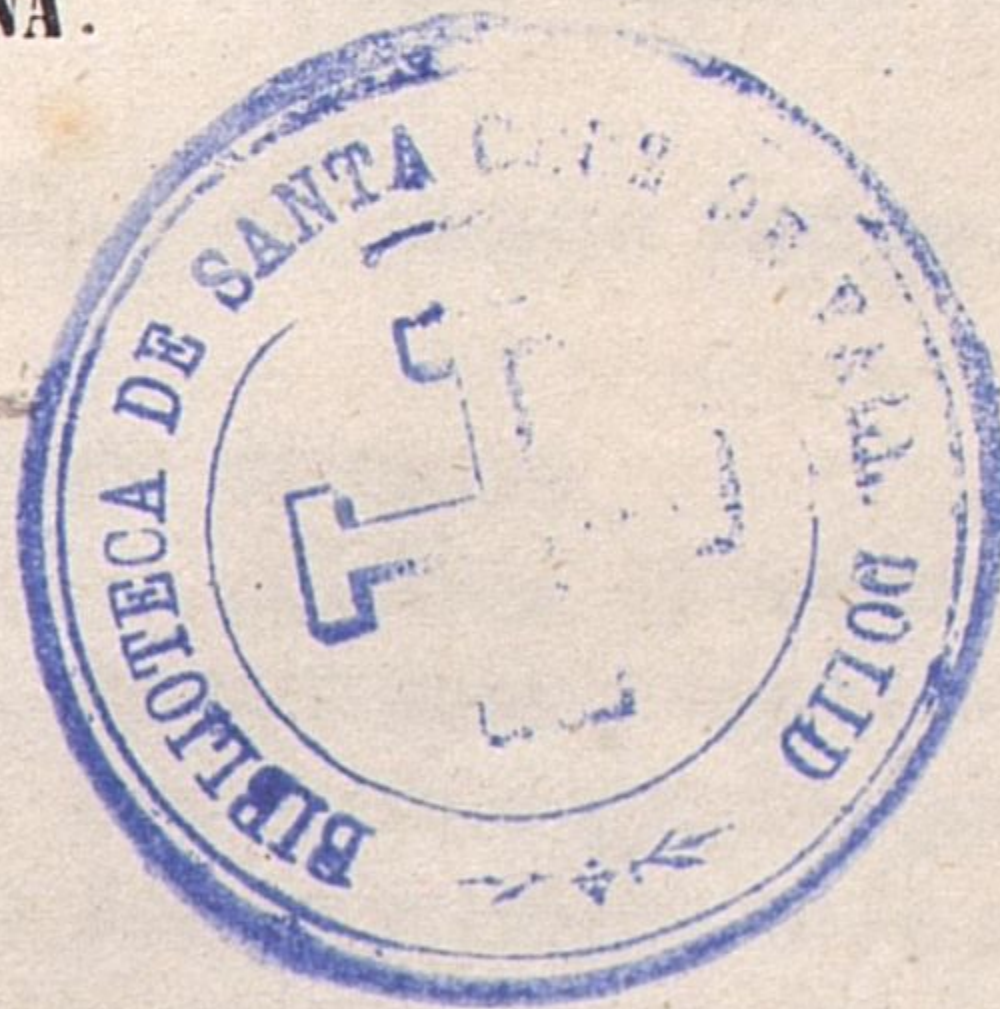
D. MANUEL DE LA MATA Y ALVAREZ,

EN EL DIA 14 DE MARZO DE 1863,

en el solemne acto de recibir la investidura

DE

LICENCIADO EN MEDICINA.



VALLADOLID:

Imprenta, Librería Nacional y Extranjera de los Hijos de Rodríguez.

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD.

1863.

HTCA

U/Bc LEG 16-2 n°1302



UVA. BHS > CEG 06-0-1513024 3 3 0

DISCURSOS

DOCTRINAL Y DE GRACIAS

QUE ANTE EL RESPETABLE CLAUSTRO

DE LA

FAACULTAD DE MEDICINA

DE LA

Biblioteca Universitaria, Sección de Ciencias

Oron

El Autor



VALLADOLID:

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Cuando el que se presenta á recibir la honrosa investidura de Licenciado en Medicina y Cirujía, se encuentra próximo al tercer período de la vida, al abordar el deber que el reglamento le impone en la ocasion, muy difícil es pueda complaceros, porque para un trabajo literario digno de vuestra sabiduria, se requiere entre otros elementos, la belleza de una imaginacion ardiente y florida; y la imaginacion, Ilmo. Sr., en el periodo espresado, es como la estacion otoñal, tibia y marchita: por eso el discurso que pronunciarán nuestros lábios no será mas que la espresion de una necesidad sentida en lo sagrado de nuestra conciencia; esperando al esponerosla que el fin moral que nos proponemos, sea la recomendacion que conquiste vuestra veneralencia.

¿En qué forma podrá llenar el médico en nuestra nacion uno de sus primeros deberes?

He aquí el tema ú objeto de nuestro discurso.

Somos católicos, y si en una nacion católica el sacerdote de las almas tiene un código eterno en la práctica y esplicacion del evangelio que siempre le permitirá llenar su sagrado ministerio con utilidad para la grey que por sus superiores se le confiara, el médico, sacerdote tambien de la salud de los pueblos, hallará en su razon sostenida por su fé religiosa y científica, un venero inagotable que emplear en obsequio de sus semejantes.

Uno y otro sacerdote, Ilmo. Sr., tiene que cuidar del hombre; pero no del hombre primitivo y comprendido en la gracia de

Adán y Eva cuando vivían en el Paraíso, reinando armonía entre el hombre y Dios, sino del hombre nuevo, ó sea del que viene al mundo con posterioridad al día nefasto en que nuestros primeros padres revelándose contra su Dios, rompiendo dicha armonía, causaron la caída del hombre, *uno en su sustancialidad*.

Para dicha y ventura del género humano, el *hombre Dios* con su gran sacrificio en el Gólgota aportó el remedio contra las espantosas consecuencias de la desarmonía introducida, y si desde aquel día memorable, el sacerdote de las almas, Ministro de la Iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo es el encargado de la regeneración del hombre por la administración de sus sacramentos: el médico sacerdote de la salud de un pueblo católico llenará su sagrado ministerio, haciendo aplicación de los principios científicos que se derivan de la verdadera filosofía del evangelio, cuyos principios forman un todo armónico con las ciencias naturales.

Es nuestra convicción, Ilmo. Sr., que el mayor número y acaso las más terribles enfermedades que afligen á la especie humana, reconocen por causa la degradación del hombre en todos tiempos y la depravación de costumbres en la actualidad.

Si lanzamos una mirada retrospectiva en nuestra historia para venir á apreciar el presente, luego nos aperebiremos de cuan raros son en nuestros días los hombres vigorosos, y de cuanto las proporciones del genio disminuyen en todas las clases sociales, esceptuando quizás parte de los individuos que de ellas se dedican á las ciencias matemáticas. ¿Por qué esto? Es fácil esplicarlo, oid. Los antiguos sabían que tenían un alma, y trataban de conservarla, grande, serena, inalterable y fuerte, pero sabían á la vez que tenían un cuerpo, residencia del alma y que este cuerpo debían conservarlo sano para que no inficionase con los miasmas de sus enfermedades la morada de la celeste habitante. De ahí esa justa distribución que hacían del tiempo, consagrandó horas á la gimnasia, á la lucha, al pugilato, á todos los ejercicios corporales; y horas al estudio de las ciencias y de las artes. Así conservaban el cuerpo robusto y el espíritu despierto: *mens sana in corpore sano*. Mas este vigor, Ilmo. Señor no sostenido por la sábia de la fé católica, llegó á degenerar en un vergonzoso materialismo, y se arrojaron á porfia en brazos de los vicios más inmundos. Cuanto más en ellos se engolfaban, más pedían sin cesar y á grandes gritos: «pan y espectáculos!»

y como los vicios aumentan en razon directa del grado de impotencia de los individuos, aquellas águilas romanas que habian reinado sobre la Grecia y la mitad del mundo, abominadas, envilecidas, abyectas, plegando sus alas sin garras y gastado el pico, no pudieron hacer ya otra cosa sino dejarse encerrar en la jaula, como la última de las aves de corral. Los bárbaros se encargaron de la obra.

Esta época tan triste tiene mas de un lado de semejanza con la nuestra. Aunque mas oculta, y mas hipócrita, *la corrupcion y la debilidad son grandes en derredor nuestro*, muchos jóvenes ricos se creen muy fuertes porque entran en el mundo con una cartera repleta de billetes ó acciones de Banco y cierto fuego de juventud: aun no está aquella vacía cuando este está ya apagado: toman una luz débil por un incendio; su cerebro no acostumbrado á funcionar, ni piensa ni trabaja; á la vida licenciosa, siguen naturalmente los apetitos desordenados; ellos han dejado su juventud en la una y pierden su salud con los otros. Colocándose mas tarde en el camino para el cual debian haberse conservado é ilustrado, se casan y fecundizan alguna vez á su muger; mas ¡de que vástago! Los hijos de padres pobres así llamados por carecer de los bienes de fortuna, pero ricos por las virtudes de que se encuentran adornados, mal alimentados y acaso ocupando habitaciones mal sanas, disfrutan de mejor salud que los primeros, editores responsables de las faltas de sus padres.

El castigo es duro Ilmo. Sr. pero, dichos padres debilitando su cuerpo y enervando su espíritu ¿cumplen sus deberes de hombres? No, y por eso lo reciben. Esto, será cruel mas es justo; la naturaleza tiene sus leyes fatales.

Y se portan mejor en el gran mundo las mugeres? Salvó honrosas y aun numerosas escepciones preciso es contestar negativamente, de modo, que nadie acusará de recargado el cuadro siguiente. La señorita N. es joven, rica y bella: creese independiente pero es esclava de ese tirano á la vez oculto y visible que se llama *la moda*. La imperiosa soberana despues de haberla mortificado sus pulmones con el corsé, y hecho que se forre su pié con un calzado estrecho hasta la ridiculez, le ha enseñado además que la tez sonrosada y el brillo de sus ojos son cualidades de una labradora y que una enfermedad del higado ó una

gastritis darian cuenta bien pronto de estas rústicas ventajas. Dicha Señorita, esclava de su tirano, sin comprenderlo acaso, hace todo cuanto puede por adquirir las primeras y otras mas graves. Se encierra en una habitacion estrecha y bien resguardada de la luz que vivifica; permanece en ella en medio de las flores cuyo perfume escitante vital cuando se recibe en el campo, se vuelve asfixiante y mortal si se aspira por la noche en un gabinete cerrado. Principia por andar poco, luego nada á no ser sobre los tapices de sus habitaciones; huye del aire libre, temerosa de que su contacto le embastezca el cútis. Hoy llega por sí misma hasta su carruaje: mañana será trasportada hasta él por un robusto lacayo. Es una flor de salon, endeb'e, enfermiza, pálida como la sangre empobrecida que circula por sus venas; irritable, nerviosa y sensible hasta tal punto, que la gruesa voz de un hombre del pueblo que acaricia á su hijo debajo de los balcones de su casa, le produce espasmos y ataques de nervios. Esta mártir habia nacido para ser animada y alegre, para mostrar al sol, sin temor á sus rayos sus magnificos ojos y su hermosura: habia recibido la vida para dar al mundo hijos robustos y criarlos ella misma: hoy apenas tiene la fuerza suficiente para vivir y para arrastrarse entristecida y doliente hasta la Otomana donde se reclina cansada y fatigada por su misma indolencia.

En lo que se llama vulgarmente el *vecindario rico* sucede lo mismo casi; solo que como en él se conservan aun ciertas costumbres de actividad y de trabajo, la raza está menos empobrecida. Empero se advierte en él como en las esferas mas elevadas, la falta casi absoluta de esta inteligencia que enseña que la salud es un resultado del equilibrio perfecto entre las fuerzas del alma y las del cuerpo.

Hay otra clase social mas numerosa, que es la que nosotros denominamos clase media: todos los que la forman caminan hácia su posicion futura. ¿Y en qué piensan? en general, en su trabajo durante el dia y en sus diversiones por la noche. Véedles, segun su génio correr tras los placeres, unos los encontrareis en los circulos sentados haciendo la partida de tresillo; el que mas entra un rato en un gabinete de lectura, y los que forman el mayor número, despues de trabajos sedentarios, que duran algunos dias diez ó mas horas, acaban de condensar su sangre permaneciendo en el café jugando al dominó y entregados al uso de bebidas

estimulantes y alcoholicas hasta las doce ó mas de la noche. ¿Cuántos de entre ellos llegan á lograr su fin? Muy pocos Ilmo. Señor; porque esos excesos constantes, esos placeres ficticios, han empobrecido su inteligencia. Yo deseara mas verles entregados una vez al mes, á una gran orgia, si á pesar de lo que dice, *la lumbrera médica de la antigüedad el grande Hipócrates*, no temiese que dicha orgia pueda producir á los mismos algo mas que cefalagias; ¿Cuántos no mueren en su camino á los treinta, treinta y cinco y cuarenta años! ¿y qué fuerzas, qué robustez queda á los que sobreviven? Estos desgraciados han merecido ser castigados por haber aniquilado su salud en medio de las disipaciones, como un pródigo que arroja sus monedas de oro por las ventanas de una sala de la casa la cual puede hacerle desocupar el administrador al dia siguiente. Aquí Ilmo. Sr. el administrador es la muerte. ¡Pobres hombres! uno les tomaria aversion si no supiese como el desorden, la imprevision y la vagancia de la idea y del cuerpo, los arrebatos de una imaginacion ardiente, llevan hacia los abismos á ese gran número de espíritus débiles que no han sabido aun elevarse hasta la cumbre embalsamada del deber y de la moralidad.

El cuadro cambia, no se trata de gentes ricas de aquellas que deben así mismas la mayor parte de sus enfermedades, sin o de la clase mas numerosa, el pueblo. Industria, trabajo en las fábricas, insuficencia y mezquindad en los salarios y alimentacion, sufrimiento y miseria y carencia completa de instruccion religiosa; tales son en él las llagas que es preciso curar sin descanso. Individuos hay en esta clase que reciben una cantidad pequeña por su trabajo diario y tienen que atender con ella á todas sus necesidades: otros (sobre todo las mugeres) obtienen en la retribucion de un trabajo de doce horas lo que apenas basta para comprar el alimento necesario con que reparar las fuerzas gastadas. Cuando la degradacion no se apodera de la jóven colocada en tan peligrosa situacion, las dos miserias se unen; entonces solo el matrimonio es su alegria. La Iglesia bendice su union, viene el primer hijo y mientras que en las familias bien acomodadas este fruto de bendicion es saludado como á un ángel: en aquel pobre matrimonio el padre y la madre sueñan con alegria que ellos tienen un ser mas á quien amar, pero piensan con inquietud que tienen una boca mas que alimentar. Desde este

momento ¿puede gozar de salud un ser tierno á quien falta la sávia moral y física que podria y debería suministrarle una madre amorosa fortalecida con las máximas del evangelio y una alimentacion suficiente y reparadora? La madre mal alimentada no tiene mas que una leche viciada que dar de mamar á su hijo. Ella está pálida, enfermiza, delgada ó hinchada. El niño crece, mas ¿cómo, Ilmo. Sr.? Sus ojos se llenan de una secrecion puriforme, su vientre se hincha, sus piernas se cubren de úlceras escrofulosas, el sistema glandular se infarta y el tegido huesoso destinado por su consistencia á servir de palancas á los músculos, privado de moléculas reparadoras, principia por ceder á las fuerzas que en direcciones opuestas le solicitan, resultando por ello el que toma una forma viciosa. ¡Es necesario contar algunos años de práctica ó haber frecuentado los hospitales para ver y convencerse de tales y tantas miserias! En cuanto al padre, tiene tambien sus vicios: se entrega al vino es verdad, mas es prudente creer lo hace porque en su ignorancia toma para alimento sustancias que no contienen el elemento tónico que podria servir para que reparase las fuerzas que en cada instante de vida su organismo pierde. Muchas veces he meditado Ilmo. Sr. sobre la erronea preocupacion que se apodera de estas pobres gentes para comer solo sustancias escitantes que no contienen mas que un veinte y cinco por ciento de alimentos, en lugar de comer pan, habas, lentejas y guisantes que encierran un noventa y siete, ochenta y cinco y setenta: creo puede consistir en que perturbada la invivacion en sus estómagos, desde la primera infancia, piden sustancias escitantes que con su uso frecuente, conducen á la degradacion moral y decadencia física.

Hemos señalado á grandes rasgos Ilmo. Sr., sirviéndonos para ello de la historia antigua y de la contemporánea el carácter moral de ambas sociedades en general y los fundamentos de nuestra creencia en lo que se refiere á la etiología de las enfermedades debidas en su mayor número, á la degradacion de la especie humana. Ahora bien, el médico sacerdote de la salud de un pueblo católico, ¿en qué forma podrá cumplir mejor uno de sus primeros deberes? Escuchadlo.

Tomaremos de la antigüedad todo cuanto la observacion y la esperiencia hayan confirmado, como verdadero y útil, y como la de diez y nueve siglos, nos enseña cuan conveniente es para la sa-

lud del cuerpo, la tranquilidad del alma; aconsejaremos á nuestros semejantes, la conserven como los antiguos procuraban conservar la, grande, serena, inalterable y fuerte. Creyendo como creemos en la *unidad sustancial del hombre*, les diremos; *someted vuestra razon al dogma del Evangelio*, y entonces, fuertes por vuestra fé dedicaos en algunas horas del dia á la contemplacion de los grandes fenómenos de la naturaleza, á la meditacion de las leyes que rigen los mundos, á la comprension de la fuerza que anima todos los seres, á admirar la concordancia inteligente de todas y cada una de las partes del Universo, sus predestinaciones respectivas á una utilidad comun y un fin único.

Hecho lo precedente, utilizando en pró de nuestros semejantes las conquistas que en el siglo actual han hecho en medicina y ciencias auxiliares, algunos genios privilegiados, les diremos, que los elementos de formacion de todo el reino orgánico bajo el punto de vista mas elevado, de la física del globo derivan de la atmósfera. Que las plantas y los animales vienen del aire y vuelven á él; que son dependencias de la atmosfera.

Que las plantas, verdaderos aparatos de reduccion, se apoderan de sus radicales, carbono, hidrógeno, azoe y ammonio. Que con estos radicales forman todas las materias orgánicas ú organizables que ceden á los animales. Que estos á su vez verdaderos aparatos de combustion, reproducen el ácido carbónico, el agua, el óxido de ammonio y el ácido nítrico, que vuelven al aire para reproducir de nuevo, y en la inmensidad de los siglos los mismos fenómenos. Que la organizacion, la sensibilidad, el movimiento y la vida, no existen ni pueden existir ni conservarse mas que en la superficie de la tierra y en los espacios espuestos á la luz. Les recordaremos que sin luz, la naturaleza carecía de vida, estaba muerta, inanimada. *Que un Dios benéfico al darnos la luz*, ha esparcido sobre la superficie de la tierra, la organizacion, la sensibilidad y el pensamiento.

Que correspondan á tan especial beneficio haciendo ordenada distribucion del tiempo y de la vida que recibieron, dedicando en cada uno de sus dias horas al trabajo ó ejercicios corporales, horas al estudio de las ciencias y de las artes, horas al paseo por el campo, en el que recibirán la ac-

cion de la luz, y llevará cada uno sobre sí, quince mil ó mas kilogramos de aire atmosférico; que dediquen tambien horas al recreo en el seno de sus familias, y que elijan para el descanso, las horas de la noche, siguiendo en esto como en todo las leyes de la naturaleza. Que sean sóbrios en la mesa y en el uso de los placeres lícitos y naturales. Que se unan por su espíritu á Dios, y confiesen su presencia eterna y su actividad incesante dentro de nuestras personalidades y en el seno de la naturaleza. Si, Ilmo. Sr., lo precedente y mas deberemos decirles. Porque si nuestra sensibilidad que desde el cerebro se estiende á todos nuestros miembros y hasta á la estremidad de los dedos, tiene su origen en el mismo centro del encéfalo, ¿cómo dudar que la inteligencia y el orden que se manifiestan de una manera tan maravillosa en los planetas, en los vegetales y en los animales, no tengan su origen en el centro mismo del Universo? Ademas ¿cómo rehusarse á creer que el *sentimiento* que apenas germina en los pólipos y en los moluscos, y lo vemos aumentarse en la escala zoológica; que la *conciencia*, que principia apenas á manifestarse entre los salvajes primitivos para perfeccionarse entre los hombres mas civilizados, no sean emanaciones centrales del mismo Dios consustancializadas con nuestros elementos corporales, é individualizadas con nuestras personas? Recomendemos pues á nuestros clientes que para conservar su salud, mediten y digan con el Apostol San Pablo «*Deus amplectitur orbem et vivimus in illo*» Estas meditaciones sublimes sobre la naturaleza, aliviarán á sus corazones, elevarán sus espíritus y fortalecerán sus cuerpos.

Y cuando esto suceda en nuestra nacion, nosotros, sacerdotes de la salud de los hombres podremos pensar en el porvenir con la tranquilidad del que aconsejando la práctica de cuanto antecede, cumplió uno de sus primeros deberes.

HE DICHO.

DISCURSO DE GRACIAS.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

Sentir las emociones que los bienes de todo género producen en el hombre, quien quiera que sea, cosa es natural y espontánea; pero espresar y espresar bien, es decir, comunicar, hacer partícipes en cierta manera á nuestros semejantes de esas emociones, solo es dado á seres privilegiados. Yo acabo de recibir en la honrosa investidura que me coloca entre vuestros miembros, uno de los bienes mayores que mi ambicion pudiera apetecer, la aspiracion de los mejores años de mi vida, el norte de mis pensamientos, el consuelo de mis vigilias, el sosten, en fin, de toda mi penosa carrera: ¿quién esto dudará? pues entonces, Ilmo. Sr., mi empeño en este instante queda limitado á hacer expansiva la efusion de mi corazon, y á fe que para conseguirlo solo necesitaría patentizar el tamaño de mi reconocimiento hácia quienes soy deudor de tan caro bien: mas hé aquí la dificultad que sin embargo me permito acometer por mas que desespere conseguirlo.

Pero sin duda que todos adivinarán ya, conocedores por mi último discurso de mis principios y convicciones, que pues amo y respeto al hombre, en tanto que lo reconozco y estimo cual obra y conservacion de un Ser Eterno, sabio y omnipotente, me veo á mi mismo cual una de esas sus obras maravillosas: y la sola enunciacion de esta verdad os revela, cuanto mis palabras no pudieran acabar jamas de espresar. El Señor me crió, el Señor me ha sostenido, el Señor me coloca ahora mismo en este honrosísimo puesto. Pues permitid Ilmo. Sr., os invite á robustecer mi débil voz, á fecundizar la esterilidad

de mis pensamientos, para entonar un himno de gracias á la bondadosa Providencia que así ha coronado los deseos de mi corazón.

Pero si los designios del Eterno son inquebrantables, sus medios son instrumentos inteligentes y libres: llamados son á realizar sus miras dulces y paternales; pero responder ó no á su llamamiento acto exclusivo es de la voluntad humana: y ved aquí, Ilmo. Sr., porqué con muy justa razon me creo deudor á vuestras luces, á vuestros preceptos y doctrinas, á vuestra enseñanza en fin, de la dicha que ahora disfruto. La ciencia como la religion tiene su fé; y mi fé científica ó se habria aniquilado, devorándose asi misma, ó no se habria robustecido y confirmado sin la conferencia y el debate de los dignos maestros que forman este respetable claustro: la verdad es luz, y la luz se produce en el roce y el choque. Reciba pues tan ilustre cuerpo la espresion, aunque tosca de la gratitud que me inspira por la gran parte que ha puesto en mi felicidad actual, no solo á causa de los motivos referidos, si que tambien por la prudencia y discrecion con que maestros tan espertos han sabido neutralizar en los estudios el fastidio y desaliento que, cuando son muy largos, producen; honrando mas allá sin duda de lo que han merecido, mis débiles esfuerzos por aprovechar sus lecciones.

Gratitud, si, gracias y gratitud, brota mi corazón y vierten mis labios en este instante, término de mi penosa carrera, porque gratitud y gracias son la espresion del sublime y mas noble afecto que la criatura inteligente puede concebir hácia el Hacedor Supremo, al reconocer, al sentir su nada elevada á la altura de la ciencia, en alas de una inteligencia que el mismo que la posee no puede comprender. Gracias y gratitud, porque son el dulce fruto que en un corazón noble engendran, Ilmo. Sr., vuestro celo y desvelos por el progreso de la ciencia, el acierto en la enseñanza y vuestra bondad hácia la clase escolar. Gracias y gratitud que mi alma rebosa y rinde muy cumplidas á mi digno padrino. En la carrera de la ciencia, Ilmo. Sr., como en otra cualquiera, el lustre, todo el brillo de haber corrido el estadio se pierde, sino se llega al término con vigor y denuedo, si flaquean las fuerzas, si falta el aliento; por eso es de tanta importancia en este critico, en

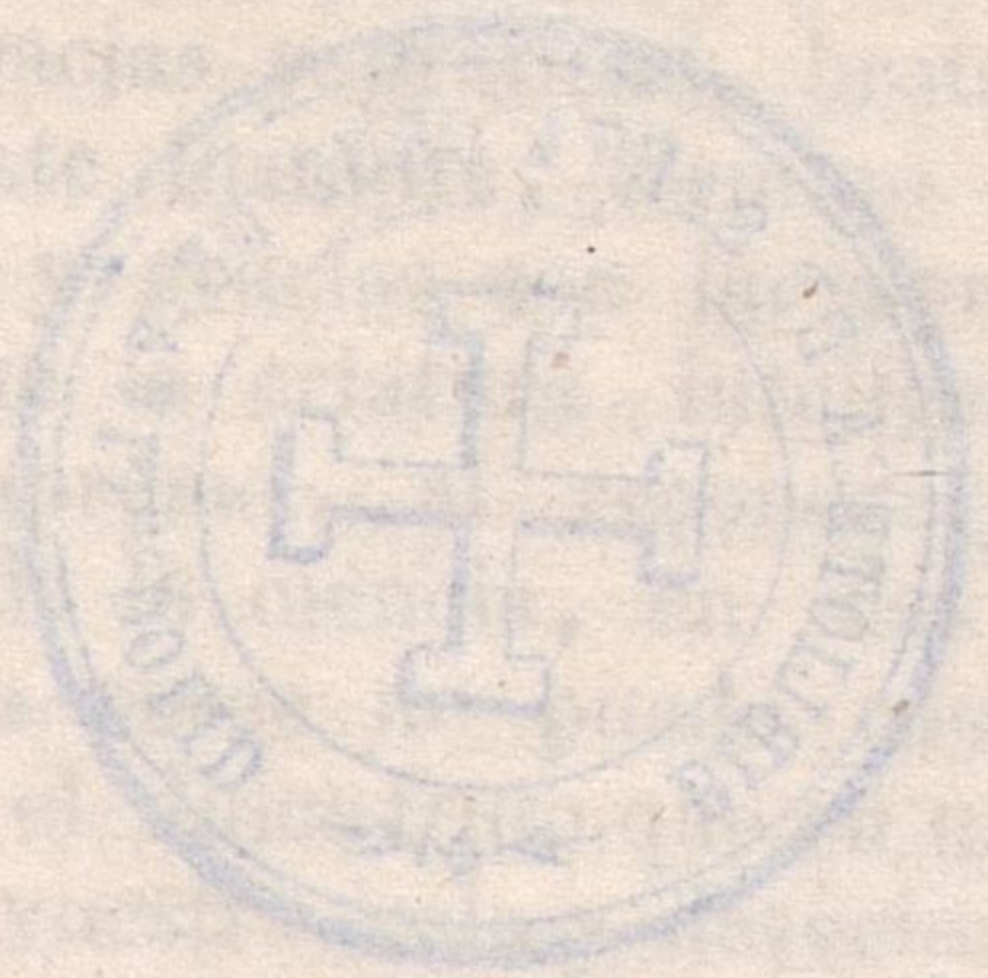
este solemne momento un brazo robusto, atlético, capaz de suplir por si solo, la fuerza perdida. Así lo he comprendido á lo menos; y esta persuasion mas que mi propia vanidad y orgullo me dió atrevimiento para solicitar en mi auxilio el dignísimo y consumado maestro por quien he sido presentado. Sostenido por su vigorosa cuanto esperta mano, he podido parecer con valor á recibir un premio poco merecido. Acepte pues, mi respetable padrino, la pública y solemne protesta de mi eterna gratitud, reconocimiento y muy crecido aprecio. Gracias y gratitud á mis queridos comprofesores y condiscípulos: el suave pero fuerte lazo con que el aula cual tierna y cariñosa madre une á sus hijos, tegido esta de esos afectos. Gracias y gratitud en fin á tan ilustre como respetable auditorio; porque al honrar con su presencia la investidura que se acaba de conferir al mas pequeño de los alumnos de la Escuela de Medicina, revela tal bondad, tal afecto que sin querer excitan y arrebatan los sentimientos que he espresado.

HE DICHO.

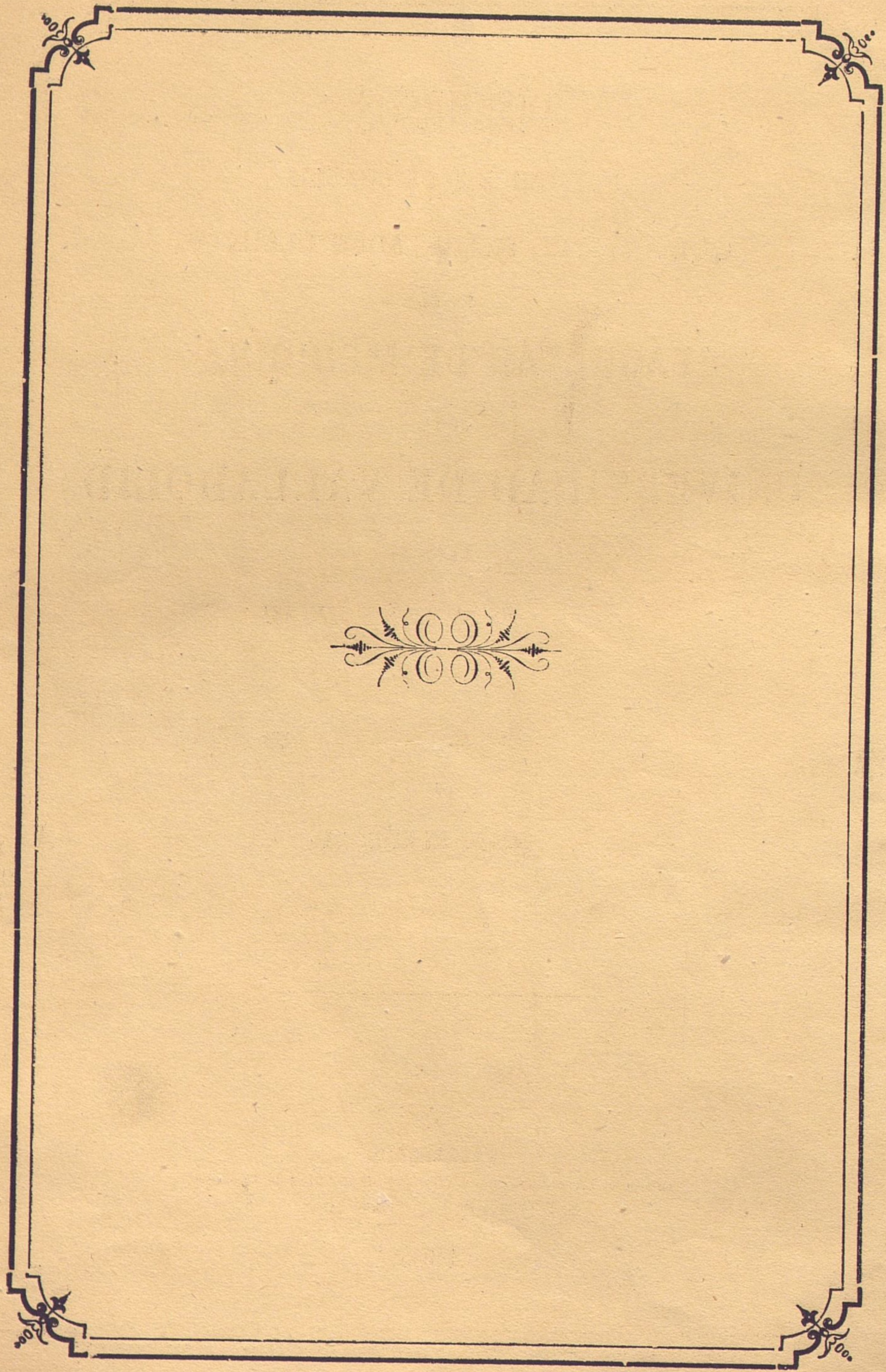


este solemnemente un brazo robusto, atlético, capaz de
 suplir por sí solo, la fuerza perdida. Así lo he comprendido a
 lo menos; y esta persuasión mas que mi propia vanidad y
 orgullo me dió atrevimiento para solicitar en mi auxilio el
 dignísimo y consumado maestro por quien he sido presentado.
 Sostenido por su vigorosa mano esparta mano, he podido
 parecer con valor a recibir un premio poco merecido. Acepte
 pues, mi respetable padrino, la pública y solemne protesta de
 mi eterna gratitud, reconocimiento y muy ercido aprecio. Gra.
 cias y gratitud a mis queridos profesores y condiscipulos;
 el suave pero fuerte lazo con que el alma cual tierra y cari-
 ñosa madre une a sus hijos, tejido esta de esos afectos. Gra.
 cias y gratitud en fin a tan ilustre como respetable auditorio;
 porque al honrar con su presencia la investidura que se acaba
 de conferir al mas pequeño de los alumnos de la Escuela de
 Medicina, revela tal bondad, tal afecto que sin querer excitan
 y irretaban los sentimientos que he expresado.

He dicho.



УВА. ВНС. ЛЕГ 16-2- н°1302



UVA. BHSC. LEG 16-2- n°1302